

# Índice

AGRADECIMIENTOS.....	11
Nuevos agradecimientos .....	15
PRESENTACIÓN.....	17
EL MARCO NECESARIO:	
LA GUERRA LLEGA A MADRID Y SE ESTANCA .....	21
«Madrid, Madrid, Madrid» .....	21
Proyectos de asalto a la capital.....	28
Campus de batalla.....	35
La penetración en la Universitaria .....	39
«Adiós, mi Universidad».....	65
APRENDIENDO A VIVIR SOBRE UN VOLCÁN: LA UNIVERSITARIA	
DESDE DICIEMBRE DEL 36 A LA PRIMAVERA DEL 37 .....	75
Poca Historia, mucha intrahistoria .....	75
Diciembre de 1936 y enero de 1937:	
acondicionando el recinto defensivo.....	81
Febrero de 1937: el mes del Jarama.....	91
Marzo del 37: el mes de Guadalajara .....	94
LA DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO Y	
LA OFENSIVA REPUBLICANA DE ABRIL DE 1937 SOBRE	
LA CUESTA DE LAS PERDICES Y EL CERRO DEL ÁGUILA .....	99
Vicisitudes de una división .....	99
Tres personajes clave de la 1. <sup>a</sup> División de Madrid y de la	
Brigada de Vanguardia de la Ciudad Universitaria .....	105
La ofensiva republicana de abril de 1937 sobre la	
Cuesta de las Perdices y el cerro del Águila.....	115
Consecuencias de la ofensiva de abril.....	123
EL INFORME SOBRE EL SECTOR DEFENSIVO DE LA	
CIUDAD UNIVERSITARIA EMITIDO POR LA	
DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO EN MAYO DE 1937 .....	129
El informe y su estructura.....	129
Dispositivo defensivo de la Ciudad Universitaria	
en mayo de 1937 .....	132

El otro lado de la colina y de los relevos .....	242
Sobre la organización y servicios del sector .....	246
LA «PASARELA DE LA MUERTE» .....	257
Historia accidentada de un paso.....	257
Capítulo inédito: un túnel bajo el Manzanares .....	286
LA VIDA EN LA UNIVERSITARIA .....	293
¡Diana! .....	293
La llegada a la Universitaria .....	295
De caminos y villas .....	303
Comida, animales de «compañía» y noticia breve sobre la (des)uniformidad.....	313
La banda sonora original de la Ciudad Universitaria: los altavoces del frente.....	333
Prensa, correo, propaganda... y algo de literatura .....	342
Tierra de nadie .....	356
Los visitantes.....	363
El «hospitalillo de Arquitectura» .....	372
Tiempo de ocio... ..	379
... Tiempo de devoción... ..	387
... Tiempo de morir.....	398
EPÍLOGO:	
EL 28 DE MARZO DE 1939 EN MADRID.....	415
1938 .....	415
Reducción de efectivos en la Universitaria .....	423
Madrid solo tiene un deseo: acabar.....	428
El 28 de marzo de 1939 en Madrid.....	430
ANEXOS.....	445
Anexo A: La Ciudad Universitaria de Madrid después de la guerra.....	445
Anexo B: La guerra de minas en la Universitaria .....	453
Anexo C: De la Laureada colectiva a las fuerzas defensoras de la Ciudad Universitaria y otras recompensas .....	461
Anexo D: Despliegues de ambos bandos .....	475
BIBLIOGRAFÍA COMENTADA .....	483
Fuentes primarias .....	483
Obras generales sobre el frente de Madrid.....	485
Testimonios y novelas .....	487
Ciudad Universitaria.....	489
El final de la guerra en Madrid .....	490
Militaria.....	491
Prensa .....	495
Fotografías, fuentes orales, Internet y películas .....	497
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	501

# Agradecimientos

Aunque este oficio de escribir es eminentemente solitario, yo nunca me he sentido solo a lo largo de los muchos años de trabajo dedicados a la documentación, elaboración y redacción de este libro. Para Elena, la luz de mi vida a quien va dedicado este trabajo, guardo en mi corazón todo el agradecimiento que sé dar, además de mi admiración y, más importante, un profundo amor. Si soy un hombre eminentemente afortunado en mi vida, mi mayor suerte es tener a mi lado a una mujer como ella. Su familia y la mía, sus amigos y los míos, siempre están ahí arropando y dando luminosidad a la pequeña galaxia de nuestro hogar, completando mi fortuna.

La vida es abrir puertas: unas veces nos las abren a nosotros, otras veces podemos abrirlas nosotros. La Literatura, en especial la de investigación, no se puede concebir sin una sucesión de personas que te van abriendo una puerta tras otra. Luis Alberto de Cuenca, mi maestro y amigo, a quien admiraba y ahora, además, quiero de una forma muy entrañable, me abrió las puertas de esta república de las letras, donde por cierto no abundan figuras con su generosidad, al apadrinar mi primera novela, *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla*

*Queridísima Elena*, novela a la que cada vez tengo más cariño, no por mis méritos, sino por la cantidad de momentos agradables que me ha hecho pasar celebrándola y comentándola con viejos y nuevos amigos, me llevó hasta Alejandro Pérez-Lafuente, otro dadivoso personaje del panorama cultural, que dirigía cuando le conocí la magnífica revista *Madrid histórico*. Alejandro cayó enamorado de la Universitaria y, como bueno que es, me abrió las puertas de Miguel Tébar, director de Ediciones La Librería, quien, sospecho, sabe que publicar libros es algo

más que producir papel. Y Miguel me llevó de la mano hasta Javier Fernández. Decir que Javier ha sido el maquetador de este libro es quedarse muy corto. Un libro como este de la Universitaria, tan rico en fotografías y documentos, valiosos pero heterogéneos y de difícil tratamiento gráfico, había que armarlo con mucho oficio, cariño, dedicación... y paciencia. Javier, que tiene todas estas virtudes, y sin ser en principio un apasionado del tema, también se enamoró de la Universitaria, reenamorándome a mí de paso con el proyecto en la fase de maquetación cuando yo ya lo había dado mentalmente por concluido. Juntos «hemos visto» la Universitaria del 36 y hemos sufrido el dolor de todos los soldados y madrileños –sus abuelos, los míos, los de todos– en largas horas de trabajo codo con codo revisando piezas y piezas de material.

Decía mi padre, viejo soldado de Infantería, que los militares eran parcos en palabras pero ricos en emociones. A lo largo de estos años me he topado con ejemplos de cortesía militar exquisita, efectivamente parca pero espejo de educación en unos tiempos en que eso –la cortesía, las buenas maneras– va siendo un lujo. El personal del Archivo General Militar me abrió las puertas de ese mar de documentos, de esa joya, que custodian con esmero y pundonor (seguro que con pocos medios) en el bello palacio de Polentinos de Ávila. En otro histórico lugar, la base aérea de Cuatro Vientos, los encargados del Centro Cartográfico y Fotográfico del Ejército del Aire, también me atendieron con extrema amabilidad y profesionalidad en ese otro archivo de lujo que custodian.

Guillermo Rocafort y Emilio Domínguez, que llevan la Legión en el corazón, me abrieron las puertas de su Hermandad, hermoso remanso de cultura militar y tradiciones en pleno centro de Madrid, deliciosa calle de San Nicolás. Y me guiaron, además, hasta el teniente coronel don Julio Salom, a la sazón jefe de la gloriosa I Bandera, quien me facilitó fotos e información sobre las múltiples laureadas y condecoraciones, colectivas e individuales, del Tercio. El brigada don Antonio Bujalance, otrora paciente guardián de otra joyita, el Museo Militar de Tenerife, me abrió de par en par las puertas de la memoria del capitán Landero –«inquilino» de la Universitaria en guerra y héroe del Mosquito, batalla de Brunete– y de las fuerzas expedicionarias de la isla, que se cubrieron de gloria en la «Ciudad». Por último, el en su día suboficial mayor de otra señera unidad, el Regimiento de Pontoneros de Zaragoza, don Raimundo Partido, me facilitó un documento

valiosísimo: el brillante historial de tal unidad durante la Incivil, con el pude reconstruir lagunas al respecto de la pasarela de la muerte.

Mi primer editor, Lucas Molina Franco, luchador en pro de la Historia Militar, me llevó literalmente hasta los grupos de recreación histórica, en una «batalla del Ebro» en pleno agosto del 2010. Allí me enamoré de esta corriente que, lejos del «tipismo estrafalario» al que algunos la quieren relegar, reivindica un escribir de la historia eminentemente práctico, y, por ende, eminentemente objetivo: nada valen las ideologías, por otro lado ajenas a nuestros tiempos, ante la evidencia de los cascos y las armas, de los lugares, de los restos, de los uniformes y los complementos, en fin, de las «cosas» que llevaban los que combatieron. Allí he conocido a los mejores especialistas en armamento y uniformes, pero también de otras materias más enjundiosas, en mis ya largos años dedicados a la lectura y al estudio de la Guerra Civil. Más de un erudito palidecería ante la riqueza de conocimientos de esta gente sólo aparentemente «campestre». Gracias, por tanto, a Óscar y Antonio y sus *legias* maños del Frente de Aragón, pero sobre todo a mi amigo Miguel Ortego y sus valientes del Frente de Madrid, que ora se visten de legionarios de la 16.<sup>a</sup> compañía, IV Bandera, brecha de Badajoz, ora de anarquistas uniformados del IV Cuerpo de Ejército mandado por un albañil, ese hombre de una pieza que fue Cipriano Mera.

Ya en la Universitaria, he de agradecer a Dominique Dumas, secretario de la *École des hautes études hispaniques*, que me abriera literalmente las puertas de esa maravilla que es la Casa de Velázquez. Todavía recuerdo la emoción que me embargó la primera vez que pisé su lindo claustro —la *colonnade*— y vi en sus arcadas impactos de la guerra: mi abuelo, al que nunca conocí pero al que tanto quiero y admiro, había estado allí mismo muchos años atrás aguantando esos tiros... Aunque no he tenido la suerte de conocerla en persona, la doctora Chías me guio virtualmente por esa maravilla de campus que fue en su día la Universitaria gracias a su pionero libro publicado por la Complutense en los ochenta del pasado siglo. Tres librereros de viejo, a los que quiero con especial devoción, me consiguieron títulos raros que me ayudaron a «ver» la Universitaria del 36: Pruden, de la calle Ibiza, cuyo padre, viejo socialista de pro, decía que si los nacionales hubieran entrado en Madrid en noviembre del 36, el pueblo «literalmente se los hubiera comido»; Gonzalo, que piensa todavía en la Utopía y dejó una vida acomodada por irse a vender libros en un puesto de la feria en la que aprendí a leer: la Cuesta de Moyano; y Diego, joven de vasta cultura,

aquejado del mal de España –ese amor-odio que sentimos hacia nuestra patria–, y que cada vez que paso por su establecimiento me saca una silla para sentarme con él a departir de lo divino y de lo humano.

Muy al final de mi investigación ocurrieron dos milagros en forma de encuentros de gran valor sentimental. Uno vino de la mano de mi maestro y amigo don Carlos García Ibán, a quien tanto agradecimiento debo en mi vida, y que me abrió literalmente las puertas de su casa y me presentó a Gloria, hija del heroico capitán Vaquero Santos, quien con generosidad, pero también con el dolor que produce siempre recordar, me facilitó datos de alto valor sentimental y preciosos documentos sobre la memoria de su padre. Y cerrando el círculo, fue de nuevo mi novela, *Queridísima Elena*, la que me trajo a la familia Barón Rojas-Marcos, que en una inolvidable jornada en Sevilla, me hablaron del valor de su padre y pusieron a mi disposición todo su archivo, todos sus sentimientos, toda su simpatía y una comida al más puro estilo andaluz, con jamoncito, tortas de camarones, palitos y olivas de las grandes... Si de ambos personajes –el capitán Vaquero, héroe del Parque del Oeste, y el capitán Barón, héroe del Hospital Clínico de San Carlos– conocía su valor gracias a los libros, gracias a sus familias entrañables descubrí para siempre lo grandes personas que fueron don Antonio Vaquero Santos y don Fernando Barón Mora de Figueroa.

Para terminar, efectivamente hay un lugar común en los agradecimientos que hacemos los escritores: seguro que alguien se nos olvida. Pedirles perdón no basta, así que, sobre la disculpa, añado un agradecimiento muy especial a todas aquellas personas que, aunque sólo fuera porque aguantaron un ratito mis «batallitas» de la Universitaria, ayudaron a mejorar este libro o a impulsarlo de alguna manera.

Gracias a todos.

## Nuevos agradecimientos

«Decíamos ayer» que la Literatura es un abrir puertas, sin sospechar que al final la propia obra es la mejor llave para hacerlo. El 26 de mayo de 2012 tuve el honor de que me presentaran este libro por vez primera el general don Jesús Salas Larrazábal y el teniente coronel don Julio Salom Herrera, éste ayudante de Su Majestad el Rey, maestro de historiadores militares aquél, modelo de soldados ambos, excelentes personas que me regalaron su amistad y calor en una de las tardes más hermosas de mi vida. El escenario no podía ser otro que el de la Hermandad de la Legión, con el coronel Moya como anfitrión, el caballero legionario don Luis Moro de guardia permanente y don Julio César del Busto ofreciéndome —Félix Gimeno mediante— toda la increíble documentación de su padre, héroe del Clínico, parte de la cual enriquece esta edición corregida y aumentada de la Universitaria. Como también la enriquece el material gráfico del laureado don Serafín de la Concha Ballesteros cedido cortésmente por su nieto, don Gabriel Cortina, muy interesante para comprender determinados aspectos de la guerra de minas. A punto de cerrar esta edición, mi buen amigo don José Benavides se me presentó, por su parte, con la apasionante colección de cartas y fotografías del mítico capitán de Artillería Vidal-Quadras, cuyas copias conserva en su archivo personal.

Un mes después llevaba la presentación ante el Grupo de Estudios del Frente de Madrid invitado por su presidente, don Antonio Morcillo López, que además de su afecto y respeto me dedicó toda una tarde de su tiempo para darme correcciones de esos detalles sobre la tragedia en nuestra querida ciudad que él y la asociación que dirige dominan como nadie. También de GEFREMA, don Jacinto Arévalo me llevó de la mano a mi primera firma en una Feria del Libro de Madrid en la caseta de la entrañable Librería Verde, chivándome de paso unos poemas de guerra sobre la Universitaria. Algo más tarde visitaba por el mismo motivo los lindos pueblos de Abánades, provincia de Guadalajara; Alcañiz, Bajo Aragón; y Morata de Tajuña —frente del Jarama—, convidado por mis amigos de la recreación histórica citados en los primeros agradecimientos. Y un soleado sábado madrileño tuve la suerte de guiar junto al catedrático de Literatura don Ángel Gómez Moreno —vasta cultura, bellísima persona— la visita de un grupo de interesados en conocer las cicatrices de la Incivil por el recinto universitario; todos

mostramos en los lugares clave profundo respeto por los allí caídos, nuestros antepasados, fueran del color que fueren.

Finalmente, en noviembre de ese mismo año terminaba la ronda de presentaciones ni más ni menos que en Sevilla, donde otro jefe de Bandera de bandera, don Carlos María Salgado Romero, glosaba la obra diciendo que aquellos duros soldados españoles de ambos bandos que se habían visto obligados a matarse en la peor de las maldiciones –una contienda entre hermanos– seguían existiendo, velando ahora por nuestra seguridad común en lugares tan remotos como Qala-e-naw (Afganistán). Al día siguiente, él y los miembros de su Estado Mayor me recibían con una hospitalidad apabullante en un escenario de leyenda: el edificio de la Capitanía General de Sevilla. Como en un sueño cumplido, al fin pude admirar por dentro el Cuartel General de El Cairo de mi película favorita, *Lawrence de Arabia*, pero, sobre todo, el despacho en el que estuvo destinado, mucho antes de nacer yo, mi padre, a quien debo junto a mi madre *el* agradecimiento. El ciclo se cerraba: ya podía decir adiós a mi Universitaria.



# Presentación

Pero ¿por qué un estudio sobre la Guerra Civil en la Ciudad Universitaria de Madrid? Quitando la fascinación personal que siempre me ha producido el pensar que las bellas facultades por donde paseaba en mi juventud fueron un día escenario de una cruenta batalla, lo cierto es que el verdadero motivo que al final me impulsó a escribir este libro fue el de tratar de cubrir, siquiera modestamente, lo que considero una laguna inexplicable en la copiosa bibliografía de la guerra. Porque si el frente de Madrid es uno de los asuntos sobre los que más se ha escrito dentro de uno de los asuntos sobre los que más se ha escrito nunca, la guerra de España, muchos de los libros se han limitado a copiar textos que a su vez copiaban otros cuyas fuentes eran dudosas, remotas o legendarias, dejándose en el camino respuestas precisas a preguntas tan sencillas como estas: ¿qué unidades defendían cada facultad de la Universitaria?, ¿qué batallones pasaron por este sector?, ¿quién los mandaba?, ¿cada cuánto se relevaban?, ¿cómo se abastecía esa frágil cuña que representaba la máxima penetración nacional sobre la capital de España, en poder de los republicanos durante toda la conflagración?, ¿cuál era, en fin, la rutina diaria de los soldados que defendían las ruinas en que se convirtió tan prometedor recinto?

Así, lo que empezó siendo no más que un artículo basado en una documentación inédita procedente de los archivos paternos se fue convirtiendo semana tras semana, mes tras mes, año tras año en un monstruo que me subyugaba, demandándome cada vez más información y exigiéndome contar una historia total sobre la contienda en la Ciudad Universitaria de Madrid desde la batalla por su posesión en noviembre de 1936 hasta su final el 28 de marzo de 1939, pues increí-



blemente nadie lo había hecho antes..., y que conste que lo que ahora presentamos, producto de esos muchos años de investigación, no pretende ser una obra ni mucho menos exhaustiva, sino solo un primer ensayo globalizador que esperamos se vaya enriqueciendo con nuevas y más ricas aportaciones, pues el tema sin duda lo merece.

Y como la claridad debe ser la cortesía del escritor, si nos permite Ortega parafrasearle, hemos intentado por un lado «describir» cómo fue la guerra en la meseta universitaria basándonos en documentos objetivos y fehacientes, pero por otro también «narrar» la vida diaria de los soldados que la defendieron, intentando hacerlo de una forma evocadora para que el lector actual comprenda definitivamente la brutalidad que representa toda guerra «incivil», máxime cuando sus trincheras se asientan sobre las aulas de un complejo pensado para formar a los jóvenes estudiantes. Narración, digámoslo desde el principio, forzosamente subjetiva pues depende del sujeto que narra, pero no por ello carente de verdad, y, además, obligada, pues opinamos con don Julián Marías que el deber del historiador o del aficionado que aborda la Historia, tal es mi caso, es mostrar lo que *fue* en base a hechos —descripción objetiva, repetimos—, pero contar *cómo fue* —y esa es la narración subjetiva u obligación de hilar lo que se cuenta que tiene todo el que expone una historia— (sacar solo datos a la luz sin pretender

hacerlos vivos, sin *revivirlos* en una palabra, sería como extraer fósiles de las rocas sin tratar de darles una explicación que los haga inteligibles). Es por esto por lo que por esta historia circulan de la mano datos inéditos hallados en fuentes primarias pero también citas de autores precedentes, que aparecen salpicadas en el texto con preferencia a esas eruditas notas a pie de página, porque concebimos la cita como parte de la narración, incardinada en ella como un elemento más, amén de como homenaje, pues cuando se mencionan fuentes se han seleccionado previamente sobre una globalidad de posibles referencias, sobreviviendo siempre las que más enjundia y verdad contienen.

Para terminar, permítaseme una última nota aclaratoria: toda historia debe tener un punto de vista desde el que es narrada. Si en esta aproximación histórica el punto de vista es preferentemente el del bando nacional se debe a que, una vez tomada por Franco la decisión de desistir de la entrada en Madrid por asalto directo a finales de noviembre de 1936, fue este bando el que pasó a estar a la defensiva en el recinto de las facultades, siendo por tanto el principal protagonista de la guerra en la Ciudad Universitaria. La mayor cantidad y calidad de documentos conservados de esta facción justifican también esta decisión. Obviamente, en el texto se hacen todas las referencias necesarias para entender las fuerzas y disposición del bando atacante aquí, que era el republicano, del que se dispone casi siempre de menor información en los archivos consultados. Ojalá otros investigadores vayan completando algún día las lagunas que aquí queden.

En cualquier caso, al final, el resultado de esta historia sobre cómo una de las más bellas ciudades universitarias del mundo acabó en ruinas salpicada de trincherones, embudos de minas y muertos, ya solo lo puedes juzgar tú, lector...



Observatorio avanzado, noviembre de 1936. El imparable avance sobre Madrid va siendo frenado. Oficiales y periodistas contemplan Madrid a lo lejos (el cuarto por la izquierda es el capitán de Artillería don Fernando Barón Mora-Figueroa, que en breve caería mortalmente herido en el Hospital Clínico; a su derecha, el famoso reporter de ABC Sánchez del Arco).